CAPITULO IV.

Una Tarde en San Pedro Tlaquepaque.

(Arte del alfarero.)

HERMOSAS tardes las de Guadalajara! Parece que se establece entre éstas y sus lindas mañanas, una rivalidad que llamaré femenil, un celo propio á dos bellezas que entablan una competencia justificada, cuando ambas se revisten de esos colores esplendentes tan propios á natura; de ese conjunto ideal, que se despliega á toda luz en sus celajes y sus nubes, con sus carros de oro y sus leones de plata, atravesando ese anchuroso espacio, adonde el poeta busca la inspiración y el artista los colores. Yo, no puedo contemplar una tarde de éstas, sin traer á la memoria á Guido Reni, el pintor de la aurora, y á los coloristas venecianos, y á Ruskin, cuando nos dice: "¡Dios ha empleado ciertos colores en su Creación, "como los acompañantes invariables de todo lo que

"es más puro, inocente y precioso!" Con estos pensamientos, en tarde calurosa, llena de colorido y de belleza, salía en busca del tranvía que me debía conducir á San Pedro Tlaquepaque, población veraniega de los alrededores de *Wadil-ad jara.* Con la estación de aguas de Junio á Octubre, según tenemos entendido, emigran las familias de la ciudad, en busca de las frescuras del campo y sus placeres sociales; adonde se cambia, por razón natural, la etiqueta y aristocrática tirantez, propia á toda metrópoli en la jovial franqueza, que también concuerda con la libertad del campo; donde todo es libre, desde el rebaño hasta la flor silvestre, desde el arroyo cristalino hasta el labrador, la aldeana, el niño, el gran señor. El campo, es pues, un gran nivelador de las clases sociales, una verdadera república, cuando el arriero lleva sobre su burro ó su carreta, la preciosa carga de damas y señoritas de la más alta gerarquía; ó cuando se almuerza y se baila en las huertas del humilde campesino, ó se estrecha la mano del honrado artista en su modesto taller, donde modela en barro, esas obras del arte, que si mucho admiramos, poco ó nada protejemos, por lo menos, al grado en que, arte de este género, se proteje con igual admiración en otras partes del mundo.

Mas en esta ocasión, no buscaba los placeres del campo, iba en busca de los artistas alfareros, de los modeladores en barro, de los fabricantes de la *terra-cotta,* de esos de quien desde la infancia, había oído hablar en México, adonde había admirado sus trabajos fantásticos, y con cuyas botellas para la conservación de la agua fresca y olorosa, estaba tan familiarizado. ¡Con qué cariño he visto más de una vez esa botella, al regreso del colegio, cuando la buscaba

con anhelo para apagar la sed!. Perdonadme lector, si en el curso de estas "VAGANCIAS Y RECUERDOS," aparezco en sus páginas, con mi insignificante personalidad, diciendo lo que he sentido y he hecho. ¿Pero acaso al hablar de mí mismo, en muchos casos no repito la historia y la experiencia de otros? ¿No es la vida un espejo, adonde todos nos reproducimos? ¿No es acaso la vetusta historia, la que con más frecuencia se repite en todo el mundo entero?

***

Ha dicho, y dijo bien, cuando así se expresó una elegante escritora americana, hablando de Guadalajara: "Fué grande la sorpresa de encontrarme con "una ciudad, que hasta recientes fechas, había esta-"do tan enteramente aislada del mundo, gozando del "lujo de la luz eléctrica y de las comodidades de unas "buenas tranvías." Efectivamente, son cómodas y buenas las tranvías. En compañía de unos amigos, tomamos una de las que cada veinte minutos, parte de la esquina al S. E. de la Plaza de Armas, para ir á la pintoresca villa de San Pedro, sita á cinco kilómetros al Oriente de la ciudad.

Partíamos con rigurosa exactitud, la tranvía tirada con regular violencia por dos grandes mulas, una tras otra. El wagón iba lleno de gente, en busca de la brisa y las frescuras del campo, en tarde tan caluroso como ésta. Como era natural, estudiaba los tipos y los modales de la gente. En cuanto á lo primero, ¿estará por demás decir que había mujeres bellas? ¿No es por ventura, la *Tapatía* en lo general,

tipo de gracia y de gentil belleza en esta tierra, Andalucía de México? Sin embargo, haciendo un estudio comparativo entre la andaluza y la *Tapatía*, creo no equivocarme en mis apreciaciones, cuando juzgo á la primera, menos reposada en lo general que á la segunda; por mucho que ambas sean perfectamente encantadoras, la mujer andaluza, es, si se quiere, más demostrativa, con menos restricciones sociales y mayor libertad en sus acciones, en una palabra: más emancipada por efecto de clima, costumbres y usanzas españolas. Ahora, en cuanto á modales, ¿no es acaso notorio en todas partes, que los habitantes de esta tierra se distinguen por su finura, cortesía y refinamiento social?

En camino á San Pedro, había subido al carro una señora muy respetable y distinguida, que acompañada de una joven de tez morena y de simpática presencia, se le hacía lugar para sentarse entre los pasajeros. Era esta dama, persona bien conocida en esta sociedad: la célebre poetisa jalisciense, D.ª Esther Tápia de Castellanos, la sentida cantora de lo bello, del hogar y del trabajo de la mujer emancipada, cuando en tan bellas estrofas ya lo ha dicho:

Levantémonos, pues, llegó ya el día
De ocupar nuestro puesto con firmeza;
Seré para buscarlo vuestro guía;
¿Quereis saber cuál es y dónde se halla?
Lo mira en el hogar el alma mía!
Ahí está la mujer en su grandeza!
Ahí está su misión, misión bendida!
A que sepa cumplirla
Preciso es enseñarla;
Y para resistir las tempestades
Preciso es protejerla y educarla.

. . . . . .

Trabajad con valor, nobles mujeres!
Haced que vuestra mente
Bañe la luz divina de la ciencia;
Cultivad vuestra clara inteligencia,
Trabajad con anhelo;
Pero sin olvidar ni un solo instante
Que la luz natural viene del cielo.

*
* *

La Sra. Esther Tápia de Castellanos, es una figura demasiado prominente en las letras jaliscienses, aún más, en la literatura del país; así es que, estaría por demás hacer aquí su apología; pero haciendo un viaje juntos accidentalmente en la tranvía, no es más que natural, haga yo mención de ella, y extracte, como lo he hecho, esos dos bellos y sentidos trozos de su magnífica "Oda al Trabajo."

La tranvía, sin obstáculo ninguno, avenzaba en la carrera. Salíamos de la ciudad, y pasábamos por la garita de San Pedro, con su vetusta portada compuesta de tres arcos, para encontrarnos en una larga calzada, en algo semejante á la de La Piedad, en México. Grandes y copados fresnos, y otro arbolado dando sombra al camino, por desgracia, polvoso, como todas nuestras vías de comunicación! Este camino, me decía una bella compañera de viaje, es espectáculo digno de verse, cuando comienza la temporada veraniega. Por aquí todo el mundo viene en carretas ó en burros, todo es alegría, flores, música y expansión. En una estación, que á la sazón pa-

sábamos, con un largo portal y su glorieta, se detienen los alegres excursionistas de los burros y las carretas, y al són de la música de cuerda, se lanzan al baile los hijos de Terpsícore! Entonces, esta poética porción del valle de Atemajac, pierde su silencio campestre, y los aires resuenan con los cantos de la alegría y las voces del placer, junto con los acordes de bandolones y guitarras. Sí; mucho de la Toscana, y no poco de Andalucía, tiene por todos lados esta hermosa Guadalajara!

Habíamos llegado al término de la jornada, y por lo tanto, estábamos en plena villa de San Pedro, tranquila y solitaria, como todas nuestras poblaciones de campo, lo están á ciertas horas del día ó la tarde. No sé hasta qué punto se pueda comparar este lugar con Mixcoac, menos fértil tal vez que el primero, pero semejante en sus calles, casas de campo, y aún algo en su topografía y general distribución de templos, plazas y jardines. Sea como fuere, el arte del alfarero me había traído aquí como punto objetivo, y de éste me voy á ocupar ahora de preferencia á lo demás.

Apenas si en la vieja Historia del arte y sus orígenes, se encuentra cosa más antigua, que el arte de modelar en barro. Se halla entre los judíos, que la practicaron como una honrosa ocupación, simbólica á tal grado, que la creían como un poder de Dios transmitido al hombre sobre el barro. Pero en Egipto y en la Asiria, es donde encontramos las fuentes creadoras del alfarero; de allí la estatuaria, de allí el ornato, de allí los utensilios domésticos, de allí la influencia ejercida por la civilización de Asiria sobre los griegos, y de éstos á los de Etruaria, como también sobre los romanos. Los descubrimientos de

Place, efectuados en 1860, en el Palacio de Khorsabad, sacaron á luz tinajas y vasijas de arcilla, semejantes á las que en España introdujeron los árabes para la conservación del vino y del aceite, y muy parecidas á las que aquí se fabrican para conservar el agua fresca. Cuenta también la historia, que el tonel de Diógenes era de barro. Pero es en Grecia y en Italia, en donde se han encontrado los más preciosos productos de esta antigua industria. Si el clasicismo helénico perfeccionó la forma, el espíritu artístico de los hijos de la Etruaria, junto con la inventiva, elevó los productos del barro y de la *terra-cotta* á verdaderas obras del arte. Rica es Italia en arcillas, como lo es en mármoles, y tiene, como es notorio, un gran mercado para sus productos y sus obras de arte en *terra-cotta*, cuya reputación es universal, y con la que alcanza precios muy grandes en varias partes del mundo.

Yo, quisiera que en mi mano estuviese poder investigar el origen de este arte, de esta industria entre nosotros. Su similitud en infinitos casos, por ejemplo, en los que se relacionan con sus utensilios domésticos, con aquellos que fabricaron los egipcios, haría afirmar más mi creencia, de que nuestra civilización indígena es de origen egipcio, y no una civilización aislada, nacida por instinto natural del hombre, sin más modelos que los de la naturaleza salvaje, sin más fuentes inspiradoras, que las recónditas del genio ó del ingenio humano. Desgraciadamente, seguimos en la actualidad, como en los siglos transcurridos, en la más completa duda sobre el origen y procedencia de nuestras razas pobladoras, y en cuanto á su arte industrial, sólo podemos hacer comparación entre ésta y la de Egipto, el Asia, ó la India Oriental,

mas sin poder afirmar nada, y sólo sospechar por su similitud, que de aquellos países, fué importada á la América, por las tribus errantes, que como las de los Toltecas, atravesaron por tan bella porción de nuestra patria, dejando las huellas de una civilización tan avanzada, como sorprendente lo es para nosotros.

Las indígenas razas pobladoras de Jalisco, se han distinguido más por su valor heróico, que por su arte civilizador. No es, á mi juicio, pues, en estas comarcas, el arte del alfarero oriundo de estas regiones, tan ricas en arcillas plásticas, como lo pueden ser en el caolin, para el arte encantador y útil de la cerámica. Es otra civilización más avanzada que la de los guerreros chichimecas y de los patrióticos tonaltecas, la que ha venido aquí á mejorar la alfarería. Es la de los aztecas, y aún más, la de los tlaxcaltecas, que á la llegada de los conquistadores al Anáhuac, habían alcanzado progresos tales, como modeladores y artistas en el barro, que sus trabajos fueron considerados iguales á los mejores que en aquel entonces se hacían en Europa. Con la conquista de Nuño Beltrán de Guzmán, deben haber venido á estos lugares artistas de Tlascala, modeladores en el barro, pues es lógico suponer, que en un ejército, cual el de este conquistador, compuesto en parte de 10,000 tlaxcaltecas, había entre ellos muchos aventajados alfareros, cuya industria, como llevo ya dicho, competía con la de su ramo en la vieja Europa. Después de la conquista, como consecuencia natural, el arte del alfarero en Guadalajara, tenía que inspirarse en una nueva fuente, quiero decir: en el arte árabe importado de España, por los andaluces pobladores de la Nueva Galicia. Por eso los indígenas, con don especial, imitativo é inerente á su raza,

comenzaron á fabricar los azulejos que más tarde se emplearon para dar colorido y belleza á los cimborrios y á las torres del templo cristiano, á las fachadas, á los frisos y aún hasta á los braceros de las casas. Por eso, embellecieron sus jarrones y otros objetos con arabescos y dorados, con calados y figuras, reincarnación singularísima del espíritu artístico de la civilización morisca, en los humildes alfareros de San Pedro Tlaquepaque y otras partes del Estado de Jalisco. Con la conquista española, no vino felizmente, el exterminio completo de las razas indígenas, pues esto no sólo hubiera sido la barbarie, sino la crueldad más refinada. Las metamórfosis propias á la amalgama de razas y á la propagación de nuevas costumbres, mezcladas á las antiguas de los indios, vinieron á crear nuevas exigencias, hasta en la manera de vestir del español como del criollo. De allí nació, digámoslo así, el *ranchero* y la *china*, el sombrero *jarano* y la *calzonera*, la enagua de castor con lentejuela, el *rebozo* y el zapato de raso azul. En una palabra: el traje que desde su aparición, le hemos llamado nacional! El modelador en arcilla plástica, ha encontrado en los tipos de raza cruzada y en sus trajes, así como en las costumbres de los indios, un modelo inagotable en que inspirarse, para sus estatuitas y figuras, que siempre han evocado la admiración de naturales y de extranjeros, por el espacio de infinitos años, desde los primeros albores de este arte, en su segunda época, hasta el presente día.

Con todos estos antecedentes, con toda esa historia interesante, propia á un arte y á una industria, cuyos orígenes se encuentran en Egipto y Asiria, entre los hebreos y los griegos, misteriosamente oculto entre las razas del Anáhuac, no es poco el interés

que se despierta, cuando se viene á este San Pedro, en busca de la bien reputada alfarería de Salvador Ruiz Velasco. Así es que, después de dar un paseo por los portales del parián, y comenzar á ver allí algunas muestras muy bonitas de trabajos en barro, y cruzar por el jardín del centro y sus vastas arcadas, solitarias como el claustro de un convento sin monjes y sin vida, llegamos á una modesta casa, frente al parián, habitación y taller almacén del mencionado alfarero, tan modesto, como inteligente en su arte. Ya en México, había visto varios trabajos de su mano; había admirado en ellos, la expresión sorprendente en las figuras, el tratamiento bien comprendido del ropaje, la apostura natural en todas ellas, y la anatomía de la figura humana, en lo general bien estudiada, como lo prueba su crucifijo en *terra-cotta*, copiado de una estampa del afamado calvario de Guido Reni!

—¿Ha estudiado anatomía? preguntaba el artista.

—No, señor; tan sólo un poco de dibujo, allá de muchacho cuando estaba en la escuela

Esta es la historia de muchos modeladores en barro; no saben anatomía, pero sí saben copiarla, por medio de su viveza, de la observación y del instinto orgánico que impele al hombre á imitarlo todo. Aquí viene bien recordar aquellas frases de Miguel Angel, cuando dijo: "No tiene el último de los escultores algún concepto que no lo circunscriba el mármol." Así pasa con estos alfareros tan hábiles, que bien puede decirse de ellos: que nada conciben que no lo circunscriba el barro!

La escritora americana, Cora Hayward Crawford, en su libro sobre "La tierra de los Moctezumas," publicado en Nueva York en 1889, al hablar de los alfareros de este San Pedro Tlaquepaque, dice lo que á continuación traduzco, cuando tanta justicia les hace á estos artistas tan modestos:

"Hay en Guadalajara dos cosas que son espe-
"cialidades de los indígenas, trabajadas á un alto
"grado de perfección: el exquisito encaje hecho como
"si estuviera dibujado, y que es una maravilla de un
"arte delicado, y la alfarería que comprende el tra-
"bajo de estatuitas, jarrones, imágenes de barro, or-
"natos y utensilios de todas clases que imaginarse
"pueda, y que le han dado á esta ciudad tan mereci-
"da fama. Se asegura, que todo hombre, mujer ó
"niño en Guadalajara, es artista de nacimiento. ¡Oja-
"lá y algunos de esos de nuestros americanos, díscolos
"alfareros, pudieran venir aquí y nacieran de nuevo!"

"La villa de San Pedro, en los suburbios, y á la
"que se llega por la tranvía de la ciudad, es el cuar-
"tel general de la industria del alfarero, que ejerce
"principalmente, en su pobre jacal el peón, y adonde
"modela, cuece y decora sus artefactos. Aquí, así
"como en la Plaza de Toros, y en muchos estableci-
"mientos en la ciudad, se pueden encontrar, de ven-
"ta, carretadas de estos artefactos, de todos tamaños
"y de diversas clases, desde tacitas de juguete, hasta
"jarrones para flores, de tres piés de altura. Aquí,
"también, se fabrican bustos y estatuitas que repre-
"sentan á todos los hombres notables del país, pasa-
"dos y presentes, y figuras de barro, que copian con
"fidelidad á los nativos en las diveras escalas de la
"vida. Ya bien sea de una fotografía, ó con ligero
"estudio de la fisonomía propia, estos artistas de na-
"cimiento, bien pueden modelar en miniatura un *fac-*
"*simile* en poco tiempo, de sus parroquianos. Las

"jarras para el agua, de un barro abrillantado y es-
"maltado de colores, como artísticamente decoradas,
"bronceadas y doradas, resaltan entre todo como las
"piezas más hermosas."

Tan gráfica he encontrado esta descripción y estas apreciaciones de la escritora americana, que no he podido menos de intercalarla en estas páginas, cuando tantos elogios hace á los artistas jaliscienses. Efectivamente, de todos los objetos descriptos, y muchos no mencionados por la escritora extranjera, me encontraba en esta vez, rodeado en la alfarería de Ruiz Velasco. Pero me faltaba investigar lo más interesante: ver cómo se hacen esos trabajos tan perfectos. Al efecto, me internaba por la casa para salir á un patio. Había aquí dos ó tres indígenas trabajando en una mesa rodeada de muchachos de diversas edades, que con suma atención veían modelar. Los unos, artistas del presente; los niños, ¿seguramente artistas del porvenir?

Sobre una tabla varias bolas de barro plástico muy suave y de diversos colores, revelando la riqueza que en arcillas tienen estas comarcas. Hasta aquí muy bien; allí estaba la materia prima; pero ¿adónde el modelo? ¿adónde los acabados instrumentos para trabajar tantos primores de arte? En aquella mesa, y en manos del alfarero, no habia más que unas imperfectas espátulas, unos clavillos viejos, un no sé qué hecho de hueso, en sustancia nada; y sin embargo, con *ese nada*, se hacen cosas tan bellas, tan singularmente artísticas, que apenas si hay palabras para elogiarlas como ellas lo merecen!

Me acercaba á un indígena para verlo trabajar. Estaba modelando la figura de un comanche. ¡Qué bello estudio del desnudo! Apenas si se encuentra

en lo general en la figura humana formas más atléticas, desarrollo más perfecto que en el de nuestras tribus de indios salvajes, cuya existencia nómade en las praderas fronterizas, los hace tan ágiles, como en fuertes y musculares los convierte su vida al aire libre, sus faenas y sus luchas. Pero aquí no había modelo para este alfarero; todo lo estaba haciendo de memoria, todo como el resultado de su ingenio y de su alma de artista. No podía menos de traer á la memoria, en estos momentos, la invención de la escultura, debida al romántico amor de Dibutades, hija de un célebre alfarero de Sicyon. Pero, si la hija del notable modelador, había proporcionado al padre la efigie y la cabeza de su amado dibujada en el muro con carboncillo, y de ésta sacaba el molde en barro, para cocerlo después, nuestro humilde alfarero, no tenía en estos momentos modelo alguno qué copiar, ni siquiera en el muro de adobe que circundaba el patio. Deseoso de otorgar todos mis plácemes y alabanzas al indígena artista, me encontré con que era sordo-mudo, y en fuerza de ademanes, por fin, me comprendió, mostrando su gratitud con señas y sonrisas. ¡Pobre hombre! La naturaleza le negó el habla y el oído; pero en cambio le dió inteligencia, ese don preciosísimo con que se eleva el hombre, y se forma la civilización.

Muy complacido estaba con mi visita al taller-almacén del Sr. Ruiz Velasco, donde hay tanto qué admirar, y cuyos trabajos no sólo han alcanzado premios en la Exposición de Guadalajara de 1888, sino en el gran Certamen Internacional de París de 1890, en donde obtuvo dos medallas de bronce. Al partir de la alfarería, el dueño de ella ponía en mis manos el crucifijo que tanto había admirado por su expre-

sión, proporciones y notable comprensión anatómica. Era éste, un generoso obsequio del artista, al amigo del arte y de los alfareros de esta villa. Lo he agradecido mucho; y de ello hago mención en este libro, para que nadie ignore lo que son, en su manera de ser, los hijos de esta tierra.

El sol ya declinaba y la tarde comenzaba á pardear, cuando en compañía de mis buenos amigos apretábamos el paso para ir en busca de otra renombrada alfarería: la de Pantaleón Panduro, cuyas obras me eran ya conocidas en México. Pasábamos por angostas calles perfectamente solas. Las casas bajas, con sus ventanas cerradas, daban un aspecto á esta villa tan solitario y silencioso, que bien podían sus habitantes haberse muerto todas de una plaga, de una epidemia asoladora. ¿Adónde estaban las gentes? ¿adónde las criaturas, que no alegraban con sus juegos y algazara natural, esas calles, esos jardines, esas plazas? Lo diré de una vez: ¡estaban en el templo! Pasando á la sazón por la iglesia parroquial, los acordes del órgano herían nuestros oídos. Deteníamos el paso, se efectuaba un conciliábulo natural entre los jóvenes del sexo contrario. Resultado: todos penetramos en el templo. Era la fiesta del Sagrado Corazón, y todo el pueblo, puede decirse que estaba aquí. En el altar mayor, perfectamente decorado, brillaban centenares de velas, cuya luz se mezclaba á porfía, con la morada luz crepuscular que al penetrar por las alturas del cimborrio y ventanas, bañaba todo aquel poético recinto. En medio de aquella luz, cual nítidas palomas, se destacaban infinitas criaturas de trajes blancos y vaporosos velos, ángeles ó pequeñas beldades que, con inocente y amoroso anhelo, habían venido á depositar las flores de

su infantil amor sobre el altar! ¡Cuánto respeto, cuánto recojimiento, cuánto aseo se echaba de ver en este lugar! Pero apenas si comenzaba á tomar mis apuntes en el libro de la memoria, cuando era tiempo de partir. Salíamos de la iglesia parroquial, como quien sale de ver un cosmorama con muchas y diversas impresiones, donde el colorido se confunde con la escena, y la escena con lo real y lo imaginario.

El silencio arrobador de la tarde y la villa, se sentía tan sólo interrumpido en estos instantes, cuando al salir del templo nos perseguían los acordes del órgano entonando una plegaria, cuyos ecos se perdían en el valle. Cerca de la parroquia está otro templo, aquel llamado "El Santuario." Su belleza arquitectónica, embargaba desde luego mi atención. Dos grandes torres y una hermosa cúpula; lo suficiente para hacerme detener el paso. No había qué preguntar quién era el arquitecto de esa cúpula y de esa elegante linternilla, pues ya se adivinaba que era Gómez Ibarra. Lo que sí sorprendía, era ver tan espléndido templo en población tan reducida como ésta. Entré á ese templo tan sólo unos momentos; así es que, mal le puedo describir; pero el conjunto de altares, capillas elegantes, coro, púlpito y algunos cuadros, me dieron la impresión de que hay aquí bastante qué admirar. El sacristán, que á la sazón tenía algo quehacer en el santuario, tomó mucho interés porque viera yo algo; pero las sombras de la nave eran muy fuertes, y apenas si entre la luz violada distinguía las facciones y el colorido de una virgen pintada al óleo, cuya composición me pareció tan buena, (no obstante la falta de la luz), que he quedado en volver á este santuario, para buscar con ayuda de

una escalera, la firma del pintor aquí ignorada. ¿Será su autor Murillo? ¡Nada de raro fuera, cuando este insigne sevillano, pintó bastante, que vino á dar á México, como también al Perú! ¿Será de Andrea del Sarto, de Sebastián del Piombo ó de Francisco Rizi? ¡Quién sabe! pues de todos estos artistas parece revelar algo en su composición, como en su colorido.

Con tan especiales tentaciones é inesperadas sorpresas, me parecía imposible llegar á la mentada alfarería de Pantaleón Panduro. Por fin, llamábamos á su puerta, para saber que había salido; pero su esposa, que había venido al zaguán, nos hizo entrar al taller para mostrarnos algunas figuras y objetos del célebre modelador y fisonomista de esta villa. Cuando se toma en consideración, que este alfarero tan notable, no ha recibido educación ninguna en su arte, se queda uno aún más maravillado ante sus producciones, pues en ellas se encuentra la observación y el conocimiento de ciertas reglas muy precisas, que forman, digámoslo así, al verdadero artista y al correcto modelador, y de éste al escultor. Pero, en este indígena, como en casi todos los de su oficio en S. Pedro, no hay educación técnica, no hay conocimientos de anatomía externa, no hay lecciones de estética, sino aquellas libremente impartidas por la naturaleza, no hay sino es nociones de dibujo, como pasa con Ruiz Velasco, y, sin embargo, estos alfareros son artistas, y nos producen las más bellas obras con la simple arcilla plástica, con la misma facilidad y destreza con la que Miguel Angel, produjo su estátua de nieve ante la atónita mirada de Pietro de Médici!

Pasaron por mis manos, tantos y tan diversos objetos, obra de este alfarero, que empresa de romanos, sería decir á cuál de ellos debiera dar supremacía. Estatuitas de toreros españoles, bien conocidos en el país; tipos variados de indígenas en sus múltiples actitudes y faenas; bustos de admirable parecido de hombres notables contemporáneos; rurales á caballo lazando ó coleando, y por fin, toda la historia de un borracho de levita y sombrero de copa, con la figura en tan diversas posturas, que ya en la última, ha caído por tierra, aplastando el sombrero y maltratando la ropa! Admirable composición, que pide mucho estudio y destreza en el modelado y la expresión, que están aquí, perfectos como en una de tantas de esas inspiraciones humorísticas del célebre *terracottista* Focardi.

Se acercaba la noche, y había que ir en busca de la tranvía y regresar á la ciudad, llevándome el recuerdo plancentero, de cómo se había pasado una tarde entre los artistas alfareros de este San Pedro Tlaquepaque.